

# Eterno Retorno del Circo

201

\* \* \*

Eterno espectáculo, el circo retorna siempre a la ciudad. Vuelven a los maros sus pintorescos carteles en donde se anuncian las habilidades de los malabaristas, las gracias insólitas de los animales, las chirigotas de los payasos y las audacias de los trapeceistas y acróbatas. La humanidad tras-humante y cosmopolita de la carpa de lona desfila en la pista de aserrín, al compás de la antigua marcha que el bombo y los platillos presiden. Y en los corazones de los niños —y también de muchos que dejaron bastante atrás la edad dorada— la fanfarria levanta una emocionada palpitación. La compañía, de gran parada, saluda al público, y los actores —porque actores son— brindan su mejor sonrisa a la concurrencia. El circo vuelve siempre a la ciudad, como el sol que, tras el velado invierno, reluce renovado en la estación florida.

Es verdad que la música tradicional ha sido reemplazada por las melodías tropicales y también que la estentórea voz del director de pulidos mostachos, capitán en incongruente etiqueta, ha cedido paso a los altavoces eléctricos. Sin embargo, eso no importa. El circo sigue siendo el circo, o sea, la feria de la destreza y el humor. Cita de seres que hacen de su cuerpo una cosa flexible, que burlan las leyes de la gravedad, que rompen los límites cotidianos, que vencen a la naturaleza, entre los cuales circulan los encantadores peleles de la comicidad, que vociferan, se maltratan y cuentan chistes que supimos desde siempre, el escenario de tanta proeza se enciende en cuanto las graderías son colmadas por el candor multitudinario de los hombres del pueblo, las madres que gozan con el goce de sus hijos y los niños que templan el alma cuando el redoble llena el suspenso del triple salto mortal y la distienden, en hilarante estertor, gracias al porrazo de los "clowns".

Salvo detalles que el tiempo ha ido colocando como huellas de su estricto paso en el inmemorial orden de la fiesta, el circo perdura casi con los mismos rasgos con que nació. Asociación de saltimbanquis, unión de poetas de la acción, veamos en el leve ademán de sus manos cuando agradecen las palmas, el testimonio de una delicadeza interior que nada, ni las privaciones más urgentes, ha logrado hacer desaparecer. Caen a la pista, luego de haber ejecutado una prueba de peligroso término, con la suavidad de quien tiene alas, de quien se posa en tierra tras de haber volado como un ave, y allí quedan serenos, saludando con un lenguaje sutil la generosidad de los espectadores. El mismo gesto de señorío hacen el domador del parsimonioso elefante, el jinete de los "ponys" airosos, el amaestrador de los perros que se comportan como humanos, porque éstos como aquéllos han enmendado la plana a la naturaleza por medio de un arte que el arte se resiste todavía a reconocer, plenamente.

El circo es una copia de la vida, ya se ha dicho. Tras sus alegrías, los románticos entrevieron siempre una tragedia disimulada, encubierta bajo lentejuelas y rasos brillantes, como la alergia de la vanidad de este mundo. Pero la imagen tiene una más profunda interpretación: la que le han dado los poetas, los pintores, los dramaturgos. Tal vez, por eso, sea mejor definir la identidad entre el circo y la vida, con palabras de un lírico nuestro, Alejandro Romualdo. El ha escrito este verso, que bien vale como todo un rendido homenaje a la esencia simbólica del gran espectáculo: "Hablando en circo, la vida suele dar saltos mortales".

Sebastián Salazar Bondy LP 01/08/1956, 8